

EL ÚLTIMO NACIONALISMO: ANDALUCÍA Y SU HISTORIA.

Antonio Luis Cortés Peña

Los resultados electorales del pasado día 6 de junio dejaron sin representación parlamentaria en las Cortes españolas a aquellos partidos políticos que se presentaban al electorado en defensa de un proyecto político andaluz propio y, por tanto, diferenciado de los propuestos por los partidos de ámbito estatal. Dentro de las distintas lecturas que se han podido hacer de este evento, no han sido pocos los que han visto en él mismo una prueba más de que el denominado *nacionalismo andaluz* ha sido, y es, una construcción intelectual con escaso arraigo entre la masa de la población, que sólo ha tenido respuestas populares de cierta importancia en momentos muy concretos gracias a la utilización del resorte sentimental de los "agravios comparativos" con respecto a otras partes de España,(1) o, simplemente, merced

"al señuelo del *cambio* que los jóvenes dirigentes supieron despertar en un pueblo de escasa renta *per cápita* y secularmente abandonado de todos los gobiernos que por España han sido desde hace más de doscientos años".(2)

¹.- MORENO ALONSO, Manuel, "El nacionalismo andaluz", en *Comunicaciones presentadas al III Congreso de Profesores-Investigadores*, Huelva, Hespérides, 1986, p. 363. Puede servir a título de ejemplo, pero conviene señalar que en este aspecto recoge una idea muy extendida en amplios círculos de la sociedad andaluza.

².- GUERRA, Antonio, "Andalucía: la realidad contra el deseo", en *Historia* 16, 200 (diciembre 1992), p.90.

En mi opinión, análisis semejantes, aún encerrando una gran parte de verdad, resultan quizás excesivamente simples y olvidan una serie de circunstancias (especial bipolarización política de estas últimas elecciones, enfrentamientos entre los propios andalucistas, desvertebración de la izquierda nacionalista), que han incidido en una catástrofe de tal magnitud que previsiblemente augura un difícil futuro de forma inmediata al andalucismo político; algo que, por otra parte, no resulta extraño. Ya en 1978, en vísperas de su mayor éxito electoral -cinco escaños para el PSA en el Congreso de Diputados en 1979-, uno de sus más señalados ideólogos escribía:

"... nuestra identidad como pueblo, aunque difusamente sentida y vivida en el fondo de nuestros corazones, es algo que no posee todavía la suficiente solidez teórica, ni siquiera la suficiente fuerza emotiva. No nos dejemos llevar por pueriles triunfalismos, la reconstrucción de nuestra conciencia nacional andaluza no ha hecho sino empezar, y es tarea que corresponde a los andaluces de nuestra generación".(3)

Estas palabras de José Aumente, uno de los fundadores del *Partido Socialista Andaluz* (PSA) -hoy *Partido Andaluz* (PA), del que se ha escindido el *Partido Andaluz del Progreso* (PAP)-(4) eran el reconocimiento por el denominado "andalucismo oficial" de un hecho evidente para cualquier observador dotado de una mínima perspicacia: la ausencia de un sentimiento nacionalista en el pueblo andaluz. No obstante, en las mismas certeras palabras encontramos un juicio inadmisibile. Me refiero a la afirmación de que "la reconstrucción de nuestra conciencia nacional andaluza no ha hecho sino empezar".

¿Reconstrucción? Para que algo pueda reconstruirse, ha tenido que estar, con anterioridad, construido, y, desde luego, hay que decir rotundamente que "nuestra conciencia nacional"(5) nunca existió como sentimiento colectivo; es más, ni siquiera estuvo percibido por sectores significativos dentro de los distintos grupos que han constituido la sociedad andaluza.

Dada la existencia de esta primera confrontación de partida, y aunque la principal finalidad de este escrito radica en el intento de

3.- AUMENTE, José, *La "Cuestión Nacional" Andaluza y los intereses de clase*, Madrid, Mañana, 1978, p. 47.

4.- Esta es la situación en el momento de redactar estas líneas; es difícil augurar lo que puede suceder hasta que se publiquen.

5.- El subrayado es nuestro.

discernir el papel que le ha sido atribuido a la Historia por parte del andalucismo, pienso que, como paso previo, es necesario trazar una pincelada, forzosamente breve, sobre la aparición y evolución del *nacionalismo andaluz*, o, si se prefiere, del *andalucismo*, procurando el máximo acercamiento posible a la realidad histórica frente al denominado "mito andalucista".(6) Somos conscientes de que esta actitud provoca reacciones acrílicas en aquellos que utilizan para sus análisis ópticas nacionalistas bajo la acusación general de realizar una "historia oficialista"; a veces, estas acusaciones proceden de científicos sociales, con trabajos meritorios en otros campos, pero con auténticas anteojeras a la hora de contemplar sin verdaderos apriorismos la evolución histórica, tildando de academicista u oficialista cualquier estudio del que sospechen atisbos "centralistas".(7) Para ello no dudan en considerar como un bloque compacto posturas historiográficas bien definidas y con planteamientos radicalmente diferentes. Recuerdan un poco a aquellos que en los años de la transición política defendían programas de Historia para el bachillerato que no incluyeran, por ejemplo, a los Reyes Católicos, utilizando como argumento lo que dichos monarcas habían significado como *mito* para el franquismo; en lugar de desmitificar, silenciar. Posturas increíbles a la hora de enfrentarse con un debate intelectual que tenga un mínimo rigor.

I

En primer lugar parece necesario precisar, en lo posible, el momento de la aparición de un sentimiento *colectivo* entre los andaluces

6.- Precisiones muy oportunas sobre el tema en SEVILLA GUZMAN, Eduardo, "Introducción: Mito y realidad del andalucismo, pensando en Eloy Vaquero", en el vol. editado por él mismo *Aproximación sociológica al Andalucismo Histórico*, Córdoba, Ayuntamiento, 1990, pp. 11-34. Incluye abundante bibliografía, en parte comentada.

7.- Caso típico es el de Isidoro Moreno quien ha llegado a escribir frases del siguiente tenor: "... los deseos ideologizados de muchos científicos pretendidamente 'objetivos' de la academia oficial de viejo o de nuevo cuño han sido tomados por ellos mismos como si de la propia realidad objetiva se tratara, impidiéndoles un análisis suficientemente complejo y revelador de los múltiples factores que condicionan la actual situación real". Todo ello sin realizar una verdadera crítica a las posturas de los denominados "científicos academicistas". MORENO NAVARRO, I., "La identidad andaluza: pasado y presente. (Una aproximación antropológica)", en VV. AA., *Andalucía*, Granada, Editoriales Andaluzas Unidas, 1986, pp. 253-284. Volveremos sobre el tema más adelante.

en cuanto a pertenecer a una comunidad con rasgos peculiares y diferenciadores,(8) ya que, como ha escrito Antonio Miguel Bernal,

"los andaluces no han compartido históricamente un sentimiento regional unitario. Los localismos y provincianismos se han superpuesto a cualquier sentir regionalista".(9)

De hecho, puede afirmarse que, durante el siglo XIX, Andalucía no tuvo una *personalidad explicitada*, lo que no significa que

"por aquellos años, lo que hoy es Andalucía no tuviera especificidad, sino que en el terreno de la objetividad su existencia tuvo lugar mediante una paulatina definición".(10)

En esta *paulatina definición* de la conciencia de especificidad tuvo una primera incidencia, de indudable trascendencia, el grupo de viajeros románticos europeos, que, desde sus perspectivas foráneas, iniciaron la "popularización" de una imagen de Andalucía hasta entonces escasamente resaltada,(11) imagen que iba a servir de espejo en el que muchos andaluces comenzaron a contemplarse como un pueblo con rasgos definitorios originales. El inconveniente de todo ello radicó en que dichos viajeros, a la búsqueda apriorística de lo exótico, distorsionaron con demasiada frecuencia la realidad, insistiendo, casi con exclusividad, en todos aquellos aspectos que más podían señalar las diferencias, e ignorando todos los demás; a veces, incluso, hubo quien no dudó en añadir de su propia cosecha "sugerentes" visiones alejadas de la cotidianidad vital de los andaluces del siglo XIX. Recordemos estas palabras de González Alcantud:

⁸.- Problema ligado a este sentimiento es el de la existencia misma de Andalucía, que analizaremos después.

⁹.- BERNAL, A.M., "Andalucía: En busca de una conciencia histórica", en *Historia* 16, extra V (abril, 1978), p. 134.

¹⁰.- GONZALEZ DE MOLINA, Manuel y SEVILLA GUZMAN, Eduardo, "En los orígenes del nacionalismo andaluz; Reflexiones en torno al proceso fallido de socialización del Andalucismo Histórico", en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 40 (1987), p. 79.

¹¹.- HERAN, Fr., "L'invention de l'Andalousie au XIXe siècle dans la littérature de voyage: origine et fonction sociales de quelques images touristiques", en *Tourisme et Développement régional en Andalousie*, Madrid, Casa de Velázquez, 1979, pp. 21-40.

"Realmente el viajero romántico fue el que no tuvo el más mínimo inconveniente en mistificar la realidad con el fin de embellecerla y hacerla más atrayente para sus prójimos, entre los cuales procuraba el éxito literario con la narración de sus aventuras y la descripción de monumentos y países legendarios."(12)

Ahora bien, a pesar de su parcialidad y de su exageración, esta imagen romántica no sólo sirvió como auténtico revulsivo para que algunos sectores de la sociedad andaluza reflexionaran sobre su identidad común, sino que, además, influyó en no pocas formas de actuación, iniciando la serie de tópicos que durante mucho tiempo han servido, y sirven, para identificar a Andalucía.(13)

En cualquier caso hay que aceptar que fue esta percepción desde el exterior, con sus lagunas y oscuridades, la que primero apreció unos caracteres distintivos en los habitantes de Andalucía. Con posterioridad vendría un proceso de formación de la autoconciencia andaluza en el que cabe distinguir, al menos, cuatro etapas diferentes, aunque en ocasiones resulta difícil marcar el límite temporal que las separa. Son las siguientes:

a) La primera se situó, aproximadamente, *entre 1868 y 1883*, es decir, entre las esperanzas que acompañaron al período revolucionario que puso fin a la monarquía isabelina y la celebración de la Asamblea de Antequera. En ella resultó fundamental la labor de estudio e investigación iniciada por una serie de intelectuales andaluces -principalmente folkloristas- entre los que sobresalieron Mario Méndez Bejarano, el abuelo y el padre de los hermanos Machado, Isidro de las Cagigas, ... Su honesto trabajo vino a dar rigor y seriedad a un campo, en el que muchos de los escritos anteriores pecaban, en su mayor parte, de haberse redactado desde una observación anecdótica y excesivamente superficial. También merece ser destacada ahora la figura de Joaquín Guichot, autor de la primera *Historia de Andalucía* (1870), que, como iba a suceder después con la mayor parte del andalucismo historicista, concedía primordial importancia a la época musulmana. Con respecto a este período, aunque extendiéndolo algo más en el tiempo, Isidoro Moreno ha manifestado:

¹².- GONZALEZ ALCANTUD, José Antonio, "Andalucía: Invención del país y realidad etnográfica", en *Historia y Fuente Oral*, 8 (1992), p. 8.

¹³.- No es éste el único ejemplo sobre la influencia de la imagen literaria en el comportamiento de algunos colectivos; ahí tenemos el conocido caso de la literatura de Arniches sobre un determinado tipo de casticismo madrileño.

"En estos años se produce lo que podríamos denominar el primer descubrimiento consciente de la identidad cultural andaluza, realizado por los primeros antropólogos y folkloristas andaluces. Hasta entonces, había sido débil la autoconciencia de la existencia de Andalucía como pueblo, en contraste con el acentuado sentimiento particularista de pertenencia a una comunidad o comarca concreta".(14)

b) La segunda etapa, 1883-1910, contó con la previa preparación de los ideólogos del federalismo republicano, quienes, a nivel de todo el Estado, culminaron su actitud de oposición al régimen de la Restauración alfonsina con su propuesta en Zaragoza de una *Constitución Federal Española*. Fue el momento aprovechado por los federalistas andaluces para celebrar la *Asamblea de Antequera* (1883), donde se formula un *Proyecto de Constitución Federalista de Andalucía*, que supuso, según algunas opiniones, el primer planteamiento de la "cuestión nacional" en términos constitucionales,(15) de ahí que la reunión antequerana pueda ser vista como

"un hito en el regionalismo andaluz, de modo que muy bien podría considerársele como el origen, al mismo tiempo, de las pretensiones regionalistas y autonómicas".(16)

La fase, iniciada con tan prometedores augurios, iba, sin embargo, a diluirse con rapidez hasta el punto de que no son pocos los historiadores que defienden que no se puede hablar de la concreción de un verdadero sentimiento regionalista andaluz hasta ser traspasados los umbrales del siglo XX.(17) Esta postura no significa negar los presupuestos regionalistas contenidos en el *Proyecto de Antequera*, sino

¹⁴.- MORENO NAVARRO, Isidoro, "Etnicidad, conciencia de etnicidad y movimientos nacionalistas: aproximación al caso andaluz", en *Revista de Estudios Andaluces*, 5 (1985), p. 19.

¹⁵.- MORENO ALONSO, M., "El nacionalismo...", p. 364.

¹⁶.- BERNAL, A.M., "Andalucía: En busca de...", p. 136. No obstante hay quien duda del "andalucismo consciente" de esta reunión de Antequera, GONZALEZ ALCANTUD, J.A., "Andalucía: Invención...", p. 14.

¹⁷.- DIAZ POVEDANO, Manuel, "El Andalicismo histórico y la revolución regionalista", en *Actas del Tercer Congreso sobre el Andalicismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1989, p. 213. Se basa, principalmente, en las ideas al respecto de A. Domínguez Ortiz y J.P. Fusi.

constatar la escasísima incidencia que en los años finiseculares tuvo dicho documento entre los andaluces. Algo totalmente lógico, dado que los minoritarios federalistas, que ya habían conocido el fracaso del primer ensayo republicano, no supieron conectar con ninguno de los dos grupos que, desde ópticas bien distintas, hubieran podido con su apoyo dar fuerza a sus pretensiones: la burguesía o el proletariado.

En cuanto a la primera, el rechazo a cualquier tipo de ideología que intentara cuestionar el "orden" establecido, era total. Por un lado, la burguesía agraria, temerosa del peligro que representaba el campesinado para el mantenimiento de su privilegiada situación, optó por integrarse en el bloque de poder del régimen canovista; por otro, el fracaso de la industrialización en Andalucía, desencadenó la transformación de la anterior burguesía mercantil e industrial, de tendencias progresistas, en un grupo oligárquico reaccionario que basó su poder en la tierra o en los negocios especulativos. Por ello han escrito Sevilla Guzmán y González de Molina:

"El caso es que a partir de la Restauración la burguesía andaluza constituyó un pilar esencial del Estado centralista y, en consecuencia, Andalucía careció de un sector burgués que, con intereses específicos, planteara conflictos con la orientación económica, política o cultural de la oligarquía central".(18)

Y, por lo referente al proletariado el problema era bien distinto, aunque el resultado fuese el mismo. En este caso, el movimiento obrero (en particular el campesino), desengañado del liberalismo tras la experiencia del 68, había iniciado una serie de luchas en pro de una nueva estructura del mundo del trabajo, en la que sus máximas preocupaciones (condiciones de trabajo y sistema de propiedad de la tierra) no encajaban con las reivindicaciones regionalistas hasta entonces poco atentas a la problemática social.

Todo ello determinó que sólo una estrecha franja de las capas de la pequeña burguesía fuese capaz de sentirse atraída por un proyecto regionalista. A pesar de su debilidad cuantitativa, esos sectores, muy influidos por el regeneracionismo y por el catalanismo, iban a propiciar el surgimiento de un nuevo período.

¹⁸.- SEVILLA GUZMAN, Eduardo y GONZALEZ DE MOLINA, Manuel, "Para una teoría del nacionalismo periférico: el caso andaluz", en SEVILLA GUZMAN, E. (ed.), *Aproximación sociológica al Andalucismo Histórico*, Córdoba, Ayuntamiento, 1990, p. 81.

c) Esta tercera etapa, 1910-1936, vino a significar un impulso definitivo para la instauración del *movimiento andalucista*. Fueron los años en los que, en palabras de I. Moreno,

"surge y se desarrolla un movimiento que es, a la vez, cultural y político de signo regionalista, que se convierte, no obstante, en determinada etapa, en claramente nacionalista. Este movimiento es el comúnmente denominado 'andalucismo histórico', cuya trayectoria es menos lineal y cuyo contenido es menos homogéneo de lo que suele afirmarse".(19)

Ahora, y aprovechando las experiencias anteriores, nos encontramos, sin duda, en el momento en el que el andalucismo toma una cierta fuerza (no hemos de olvidar que el andalucismo continuó siendo un movimiento numéricamente reducido), sirviéndose como principal tribuna del Ateneo sevillano gracias a contar entre sus seguidores una serie de intelectuales entre los que pronto se distingue la figura de Blas Infante.(20)

Parece evidente que no puede ponerse en duda el liderazgo de Blas Infante en esta etapa, aunque las opiniones sobre su obra ofrecen claras divergencias. Su pensamiento y su actuación han originado una primera polémica historiográfica entre quienes defienden el carácter nacionalista de sus planteamientos, bien en su globalidad (J. Acosta), bien en aspectos y, sobre todo, momentos concretos (I. Moreno),(21) frente a los que niegan ese carácter, basándose, de modo fundamental, en su posición no reivindicativa de la independencia (Antonio M^a

¹⁹.- MORENO, Isidoro, "Identidad cultural y dependencia: orígenes, bases, bloqueos y desarrollo del nacionalismo andaluz", en *Nación Andaluza*, 1 (noviembre 1983), p. 72. En la distinción de etapas realizada por el autor, este período corresponde a la segunda.

²⁰.- GONZALEZ DE MOLINA, Manuel y SEVILLA GUZMAN, Eduardo, "Reflexiones sociológicas sobre las variantes históricas del andalucismo", en *Actas del Tercer Congreso sobre el Andalucismo Histórico*, Sevilla, Fundación Blas Infante, 1989, p. 248.

²¹.- En realidad, Moreno defiende que dicho "nacionalismo, aunque con significativos antecedentes históricos, no ha emergido con fuerza hasta nuestros días", surgiendo "como un *rechazo* del subdesarrollo, de las condiciones materiales de existencia en que se halla el pueblo andaluz, producidas por el papel dependiente que el sistema capitalista estatal e internacional ha adjudicado a Andalucía, y como una *afirmación* de su identidad como pueblo con voluntad de transformar dicha situación". MORENO, I., "Identidad cultural y dependencia...", p. 64.

Calero).(22) Quizás una de las posturas más equilibradas sea la expresada por González de Molina y Sevilla Guzmán:

"... el nacionalismo blasinfantiano fue nacionalismo sólo en la medida que era confederalista: subordinó 'este concepto nacionalista al federativo', según sus propias palabras. La consideración, por encima de todo, prioritaria del ideal confederalista ibérico, integrador de las nacionalidades hispanas, subordinará las aspiraciones estrictamente nacionalistas de Andalucía. Sólo se le puede considerar, pues, nacionalista por la afirmación que hizo de la soberanía de Andalucía".(23)

El gran mérito de Blas Infante, dejando a un lado su decidida, abnegada y, a la postre, trágica entrega por la causa andalucista, estuvo en el intento de sacar el andalucismo de la inacción política y, particularmente, del desarraigo social en los que se había movido hasta entonces; percibió que era imprescindible unir los ideales andalucistas a las aspiraciones del campesinado.

"En sus escritos se ve como desde el primer momento advierte que ambos movimientos tendrían que apoyarse, ir unidos de alguna manera, no por mero oportunismo, sino porque la situación del campesino andaluz, sobre todo en los latifundios occidentales, era injusta, insostenible".(24).

Esta correcta visión, que incidía sobre el factor principal que había imposibilitado la aproximación de las masas al andalucismo, no estuvo acompañada, sin embargo, por la adopción de un programa apropiado que ofreciese salidas realistas a los problemas existentes;

²².- Desde luego para un defensor de un nacionalismo ortodoxo, tradicional, resulta muy difícil comprender dentro de una corriente nacionalista a quien escribió frases de este tipo: "... en España, las regiones podrán denominarse naciones, pero sólo en cuanto se considere como supernación a España", o, "... todas las regiones podrán tener una historia nacional, pero la historia del espíritu español, la Historia de España, está sobre todas, alienta sobre todas la historias regionales". En INFANTE PEREZ, Blas, *Ideal andaluz. Varios estudios acerca del Renacimiento de Andalucía*, Sevilla, Consejería de Cultura, 1982, pp. 22 y 23.

²³.- GONZALEZ DE MOLINA, M. y SEVILLA GUZMAN, E., "Reflexiones sociológicas...", p. 257.

²⁴.- DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio, *Andalucía ayer y hoy*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 177.

entre otras razones, debido a su erróneo análisis de la economía andaluza y, por ello, a la vanalidad de las propuestas para solucionar las situaciones de injusticia, subdesarrollo y dependencia originadas por la misma.

Dos errores básicos del pensamiento de Infante hay que indicar al respecto. Primero, su entusiasmo por las ideas agrarias del americano Henry George,(25) que resultaban desfasadas en el tiempo, por lo que no podía resolver el problema agrario andaluz y satisfacer el "hambre de tierra" de los jornaleros. En segundo lugar, su exclusiva obsesión por la problemática campesina, que tan cerca vivió, le hizo marginar el sector secundario y las reivindicaciones del proletariado de las ciudades,(26) error grave, ya que, a pesar de la importancia del sector agrario en la Andalucía de su época, era incuestionable la considerable influencia urbana en la sociedad andaluza.

Estas circunstancias determinaron que, pese a su perseverante entusiasmo y a su continuado trabajo, sus logros fuesen escasos.(27) A la publicación del *Ideal Andaluz*, con el fin de extender "una conciencia colectivo-regional" (1915), siguió la Asamblea de Ronda de 1918, en la que, junto a la reivindicación de una autonomía regional, se establecieron la bandera, el escudo y el himno de Andalucía; todo ello confirmado, con tintes nacionalistas más radicales, un año más tarde en Córdoba, dentro del ambiente propiciado por el "espíritu de Versalles", protector de las minorías nacionales europeas. No obstante, fue muy minoritaria la respuesta de los andaluces, que, poco después, contemplaron, sin prestar interés, cómo la Dictadura primorriverista interrumpía toda labor de concienciación llevada a cabo por los andalucistas.

La llegada de la República en 1931 significó un nuevo renacer del andalucismo que ahora se plasmó en la creación de las Juntas Liberalistas, que intentaron actuar como focos de expansión del ideal

²⁵.- La creencia de que la aplicación de las teorías georgistas solucionaría los problemas del campo andaluz, lo convirtió en uno de los protagonistas del Primer Congreso Internacional de Economistas Fisiócratas (Ronda, mayo de 1913) y, posteriormente le hizo fundar, junto al ingeniero agrónomo Antonio Albendín, la Liga Georgista Andaluza.

²⁶.- GONZALEZ DE MOLINA, M. y SEVILLA GUZMAN, E., "Reflexiones sociológicas...", p. 258.

²⁷.- De ahí también, como ha escrito I. Moreno "que el andalucismo histórico fuese siempre un movimiento débil, poco estructurado y ambiguo ideológicamente, por estar sustentado casi exclusivamente en algunos sectores de la pequeña burguesía". MORENO, I., "Identidad cultural y dependencia...", p. 66.

andalucista entre distintos sectores sociales. Desde ellas se presionó a las diputaciones provinciales hasta conseguir la convocatoria de la Asamblea Regional Andaluza, reunida en Córdoba a fines de 1933, donde se aprobó un tímido *Anteproyecto de bases para el Estatuto de Andalucía*,⁽²⁸⁾ que vio frenado su proceso político en el bienio radicalcedista. En febrero de 1936, se sacó de nuevo a la luz el *Anteproyecto*, en medio de una palpable indiferencia, ya que los intereses y tensiones del momento iban por otros derroteros. El estallido de la guerra civil, con el execrable asesinato de Blas Infante, puso trágico final a esta etapa del "andalucismo histórico", tan marcada por la figura de su principal líder, un hombre de una alta categoría moral, que quiso estar al lado de los más necesitados a la vez que reclamaba un papel digno para Andalucía dentro del conjunto de España. Al margen de su indiscutible talla ética, como ha manifestado Domínguez Ortiz,

"... su pensamiento resulta con frecuencia confuso y contradictorio, su receta para los males del agro andaluz, basada en el georgismo, resultaba utópica y desfasada, su ingenuo optimismo decía más de su bondad natural que de un conocimiento profundo del alma humana. Infante ni consiguió vencer la suspicacia de los burgueses ni atraerse la masa obrera".⁽²⁹⁾

Creo necesario terminar este breve apunte del período reconociendo, con González de Molina y Sevilla Guzmán, que, a pesar de la abundante bibliografía sobre el tema, una gran parte de la misma carece de un rigurosa perspectiva científica, por lo que resulta de una "ineluctable exigencia" interpretar en profundidad la figura y el pensamiento blasinfantiano para acercarnos de un modo más fiable al andalucismo.⁽³⁰⁾ Para ello es imprescindible desechar posturas

²⁸.- LACOMBA ABELLAN, Juan Antonio, "Historia del Proyecto andaluz del Estatuto de Autonomía", en *Gibralfaro*, 28 (1976), pp. 71-93.

²⁹.- DOMINGUEZ, Antonio, "Andalucía ante el 92". En *Historia 16*, 181 (mayo, 1991), p. 182.

³⁰.- GONZALEZ DE MOLINA, M. y SEVILLA GUZMAN, E., "Reflexiones sociológicas...", p. 249.

acientíficas de veneración, que impidan la necesaria lucidez;(31) la misma honestidad e integridad de Blas Infante lo exige.

d) La cuarta etapa del andalucismo coincide con los últimos veinticinco años de nuestra evolución histórica. Entre los grupos de oposición al tardofranquismo surgieron algunos que buscaron las raíces de su identidad en los planteamientos andalucistas; fue entonces cuando se produjo la mitificación del andalucismo histórico hasta extremos insospechables,(32) lo que de nuevo llevó a muchos dirigentes e intelectuales a cometer graves equivocaciones en su análisis de la realidad. De tal forma que, sin realizar una mínima introspección autocrítica, no dudaron en buscar las causas del anterior fracaso de los ideales andalucistas exclusivamente en las condiciones específicas de la sociedad en la que se habían explicitado, olvidando las ambigüedades y los propios errores de la praxis del andalucismo.(33)

De hecho, esta actitud, que guardaba el discurso andalucista de la crítica, suponía comenzar una tarea desde unas bases falsas. Y, por tanto, sin un análisis en profundidad, se percibió en la práctica sociopolítica que el pueblo andaluz había avanzado de forma clara en la formación de una autoconciencia de identidad, lo que unido al planteamiento de propuestas que superasen "agravios" y redimiesen sus "condiciones de inferioridad", podían ser unos sólidos pilares para implantar definitivamente el movimiento andalucista. Una serie de hechos pareció dar la razón a quienes sostenían estas premisas -la magna celebración del Primer Día de Andalucía el 4 de diciembre de 1977, los primeros éxitos electorales del PSA y, a niveles locales, del PTA, y, sobre todo, el triunfo en el referendum del 28 de febrero de 1980; no obstante, pasado el momento de la euforia, y tras una serie de infantiles errores políticos protagonizados por el PSA, las elecciones generales de 1982 se cerraron con un fracaso total de los andalucistas; era la cruda respuesta de las urnas que expresaban una incontestable realidad: la ausencia de sentido nacionalista entre la mayoría de los

³¹. - No en vano ha expresado Domínguez Ortiz: "A Blas Infante le ha ocurrido lo peor que puede ocurrirle a una figura histórica: ser objeto de mitificación por parte de indiscretos entusiastas". En *Andalucía ayer y hoy*, p. 176.

³². - MORENO ALONSO, M., "El nacionalismo andaluz...", p. 373.

³³. - GONZALEZ DE MOLINA, M. y SEVILLA GUZMAN, E., "Reflexiones sociológicas...", p. 262. En época reciente, Aumente, admitiendo que "el nacionalismo no acaba de prender en el pueblo andaluz", ha vuelto a insistir en tan erróneo análisis. AUMENTE, José, "Apuntes dubitativos sobre el nacionalismo andaluz", en *Nación Andaluza*, 8 (1987), pp. 3-5.

andaluces. La desmoralización fue total entre las filas andalucistas, desde donde se llegó a escribir:

"... el andalucismo -que ha estado a punto de llegar a la madurez en nuestros días- corre el peligro de diluirse y desnaturalizarse cuando más lo necesitamos como instrumento de liberación".(34)

Asímismo, la situación hizo insistir de nuevo a J. Aumente en una idea expresada con anterioridad:

"Y, sin embargo, hay un sentimiento andaluz que, aunque poco vertebrado, ha sido capaz en determinadas circunstancias de movilizar a la población y, sobre todo, a algunos sectores sociales de esa población. Se trata de constatar una realidad; la existencia entre la población de una dimensión sociológica concreta, que consiste en sentirse pertenecer a un pueblo determinado y bien diferenciado, con caracteres que le son propios y problemas que le son suyos. A partir de aquí hay que comenzar a construir".(35)

No todos interpretaron el fracaso electoral de este modo, Rodríguez del Barrio y Sevilla Guzmán escribieron poco después:

"El movimiento nacionalista andaluz, al carecer de una fuerte vertebración social, se encuentra en una fase en la que cada corriente nacionalista se esfuerza por dar su propio carácter al contenido (y con ello definir la naturaleza) de lo andaluz. La desvertebración del movimiento nacionalista andaluz se debe, en nuestra opinión, a la específica naturaleza de clase de los sistemas de desigualdad social y a los modos de explotación económica y hegemonía que las clases dominantes han impuesto históricamente sobre el pueblo andaluz, despojándole de su conciencia de identidad. A esto se debe que el pueblo andaluz

³⁴.- SANTOS, José María de los, "Por la supervivencia del andalucismo", en *Nación Andaluza*, 1 (noviembre 1983), p. 86.

³⁵.- AUMENTE, José, "Sobre el futuro del nacionalismo andaluz", en *Nación Andaluza*, 1 (noviembre 1983), pp. 17-21.

carezca todavía de una conciencia nacional definida, aún cuando existe un fuerte sentimiento nacionalista".(36)

Opiniones de este tipo alientan la confusión, ya que mezclan la existencia de un sentimiento *andaluz*, es decir, la conciencia de la mayoría de los andaluces de formar un colectivo con personalidad propia, con un sentimiento *andalucista*, en sentido nacionalista, algo sólo presente en grupos muy minoritarios entre la población de Andalucía.

Lo que parece indudable que se ha producido es la autoconciencia de los andaluces de su especificidad propia y la autoestima de la misma. Esto ha llevado a los partidos políticos no nacionalistas a que en su ámbito de actuación andaluza no sólo recojan en sus programas algunas reivindicaciones de "tipo" andalucista, sino que incluso no han dudado en situar en las siglas de su respectivo partido la correspondiente A, acreditativa del carácter andaluz del mismo. Recientemente, Javier Arenas, uno de los dirigentes del Partido Popular, en su campaña para acceder al puesto de presidente regional de su partido, no ha dudado en declarar que uno de sus primeros objetivos será darle al mismo unos contenidos "andalucistas".(37)

Lo andaluz, no cabe duda, "vende" en Andalucía, lo que no ha significado hasta ahora que haya arraigado entre sus gentes nacionalismo político alguno.(38) Incluso, podría decirse que hay un rechazo del nacionalismo, entendido el término en su sentido clásico, de ahí las siguientes palabras del andalucista José Aumente:

³⁶.- RODRIGUEZ DEL BARRIO, Javier y SEVILLA GUZMAN, Eduardo, "Nacionalismo y corporatismo: Aproximación al caso andaluz", en *Revista Internacional de Sociología*, XLI, 45 (1983), pp. 43-44.

³⁷.- A este respecto, Andrés Ollero Tassara, parlamentario por Granada y ponente del Congreso del PP de Andalucía celebrado en dicha ciudad el 24 y 25 de julio pasado, escribía en el diario *Ideal* del domingo 25 de julio un artículo titulado "Andalucismo: Tres veces solidarios", que comenzaba con esta significativa frase: "La apuesta por un planteamiento andalucista parece marcar el Congreso destinado a dar paso a una nueva etapa del Partido Popular en nuestra Comunidad Autónoma".

³⁸.- ¿Nos encontramos ante el éxito de una maquiavélica jugada política denunciada por algunos?: "Andalucía es un concepto estratégico para equilibrar la relativa pérdida de centralidad del Estado español tras los acuerdos de la transición política". (GONZALEZ ALCANTUD, José Antonio, "Andalucía: Invención del país...", p. 7). La idea puede ser acusada de extremista, pero es posible que convenga reflexionar sobre ella en lugar de desecharla por su posible radicalidad.

"el 'nacionalismo' andaluz tiene que huir de todo chauvinismo, de todo carácter independentista y agresivo, en cuanto que es consciente de que el principio de la absoluta 'soberanía nacional' no sólo no puede mantenerse en la actual hora del mundo, sino que es uno de los principales males que ha sufrido el hombre como Humano".(39)

En la actualidad, por tanto, los diferentes esfuerzos realizados desde distintas propuestas andalucistas no han conseguido vertebrar las ideas nacionalistas con un pueblo que, no obstante, es cada día más consciente de su peculiar identidad y, a la vez, anhela la salida de su poco envidiable situación socioeconómica. Es cierto, como escribíamos al comienzo, que en el último fracaso electoral del andalucismo político han intervenido factores muy diversos, pero esto no debe hacernos olvidar los propios y numerosos errores de los andalucistas junto a un hecho a mi parecer evidente: el difícil arraigo de los sentimientos nacionalistas en Andalucía, dificultad enraizada en su misma evolución histórica. Sin embargo, a pesar de su escaso éxito,(40) en el camino que en apoyo de sus ideas emprendieron no pocos andalucistas ha existido una víctima, la historia, lo que ha llevado una cierta confusión a determinados sectores, afortunadamente todavía a tiempo de ser subsanada. Trataremos de exponer el problema en la segunda parte de este artículo.

³⁹.- AUMENTE, J., "Sobre el futuro del nacionalismo...", p. 19. Más adelante (p. 20) añade: "En Andalucía partimos de la realidad plurinacional que es España, de la diversidad de los pueblos que la componemos, pero de la necesidad también de interdependencia que entre todos tenemos".

⁴⁰.- Escaso éxito que no ha implicado el abandono de la lucha y de la búsqueda de nuevas vías. He aquí unas expresivas palabras de Aumente: "En definitiva, un 'nacionalismo andaluz' necesita hoy muchas claves que dilucidar. No basta con apelaciones histórico-culturales, motivos sentimentales, o recurrir a los consabidos 'agravios comparativos'. Ahora, cuando entra en crisis el 'felipismo' (una forma de entender el poder) y el país políticamente se pone de nuevo en movimiento, quizá sea el momento de replantear el tema del 'nacionalismo andaluz' y ver, desde otro contexto, sus muchas posibilidades actuales". AUMENTE BAENA, José, *Escritos políticos*, Málaga, Agora, 1992, p. 102.

II

A comienzos del siglo XX, los intelectuales andalucistas, cuando intentaron definir la identidad de Andalucía tomando como pilares su cultura y su historia, percibieron que el pueblo andaluz carecía de un sentir histórico colectivo y poseía, no obstante, un sentimiento comarcal o, incluso, provincial de marcado arraigo y, sobre todo, un fuerte patriotismo local. De ahí la importancia que, desde un principio, iban a conceder a la historia en la tarea de estructuración y de divulgación de sus ideas; si pretendían una Andalucía unitaria y reivindicativa, creían necesario reforzar su identidad subrayando la diferencia frente al *otro* en la posesión de un pasado común y, en cierta medida, distinto. La búsqueda de ese pasado diferenciador frente al resto de España se convirtió, por tanto, en un objetivo fundamental para lograr que los andaluces tomaran conciencia de su identidad como pueblo con rasgos propios y peculiares.

Inspirados por los trabajos de antropólogos, folkloristas e historiadores de la segunda etapa a la que nos referíamos más arriba, tanto Blas Infante como otros copartícipes de sus presupuestos ideológicos no dudaron en utilizar la historia para fundamentar las raíces específicas andaluzas.⁽⁴¹⁾ Sin embargo, este uso de la historia los llevó al *abuso* e, inmediatamente y de forma irremediable, a la leyenda y al mito. Si en su día las tesis blasinfantianas⁽⁴²⁾ tuvieron la disculpa de no ser pocos los hechos históricos entonces deficientemente conocidos, en la actualidad, a pesar de la ardua labor de investigación aún pendiente, los progresos historiográficos hacen bochornoso el mantenimiento de dichas tesis; no obstante, algunos de sus seguidores, ajenos a cualquier reflexión crítica, persisten en ofrecernos idéntica interpretación mítica del pasado.

La fuerte tentación de ignorar lo irracional de estas posturas irracionales debe ser superada, ya que, si en el campo científico su relevancia es prácticamente nula, no sucede igual en otros niveles, en

⁴¹.- SEVILLA GUZMAN, E. y GONZALEZ DE MOLINA, M., "Para una teoría del nacionalismo...", p. 86.

⁴².- Aunque no fue sólo Blas Infante quien las sustentó, su obra fue la que alcanzó mayor extensión y, sobre todo, la reverencial mitificación que de su figura (por otra parte digna de todo respeto, como ya expresamos) y de todo el conjunto de su obra han hecho algunos sectores del andalucismo actual, ha originado que sean sus escritos los que siguen teniendo fervorosos y acrílicos seguidores.

los que una atrayente y demagógica (a veces, también comercial) presentación las hacen ser aceptadas, por lo que resulta ineludible una adecuada respuesta, sin acritud, pero con el máximo rigor y seriedad. A este respecto, parece oportuno recordar estas palabras del profesor García Cárcel:

"Frente a las actuales solicitudes de adhesión incondicional a nuestros mitos, los historiadores estamos obligados a poner condiciones. La primera y principal, que asumamos *toda* nuestra historia, la de los mitos y la de las personas de carne y hueso, la de las glorias y las derrotas, la de nuestras virtudes y nuestros defectos. La añoranza nostálgica sólo puede empezar donde acaba la historia, el narcisismo sólo es válido como legítima autosatisfacción al margen de la historia".(43)

Dentro, pues, de todo ese contexto, la historia de Andalucía ha soportado por parte de autodenominados historiadores afectos al andalucismo (en un sentido no partidista del término) manipulaciones muy variadas que, a favor de una síntesis esclarecedora, podrían agruparse en dos grandes grupos:

Uno, las realizadas por aquellos que han buscado un pasado de gloria y esplendor, con el que los andaluces actuales se sientan orgullosamente identificados para así afirmarse como colectividad. Ese añorado y enaltecido pasado lo han creído hallar en el período islámico, paradigma de todos los bienes sin mezcla de mal alguno,(44) produciéndose de este modo un hecho singular dentro de los nacionalismo europeos: la reivindicación, casi en exclusiva,(45) de

⁴³. - GARCIA CARCEL, Ricardo, *Historia de Cataluña. Siglos XVI-XVII. Los caracteres originales de la historia de Cataluña*, Barcelona, Ariel, 1985, p. 9.

⁴⁴. - Baste, de momento, la siguiente frase de Antonio GALA: "[Con la conquista cristiana, Andalucía] Pasó de ser el ornato del mundo a ser una mendiga: la madre de los pícaros. Pasó de la civilización más refinada al analfabetismo más hiriente". En "Prólogo a un Congreso de Cultura Andaluza", discurso inaugural del Congreso de Cultura Andaluza celebrado en Córdoba en 1978. El eminente literato señor Gala por lo visto ignora que Andalucía en el siglo XVI y parte del XVII fue considerada en toda Europa como una de las regiones más prósperas del mundo y que, por ello, la mayor parte de sus comarcas se convirtieron en zonas receptoras de inmigrantes; también debe desconocer la pléyade de literatos y artistas nacidos en nuestra región en esos mismos siglos.

⁴⁵. - Se han llegado a escribir frases tan subrealistas y fuera de lugar como ésta: "... frente a las opiniones estatalistas de <<progresismo>> europeísta, de muchos de los intelectuales más respetados del Estado español (incluyendo algún

un pasado con el que, como veremos, para bien o para mal no son muy fuertes los lazos que nos unen.

El otro grupo, cuyos gestores han sido en ocasiones los mismos que en el caso anterior, está integrado por aquellos escritos que han indagado antecedentes andalucistas en muy diversos acontecimientos producidos en las tierras andaluzas desde la misma Baja Edad Media cristiana. Ha sido el afán de legitimar el andalucismo a través del recurso de la antigüedad de sus ideales, cayendo, a veces, en hirientes y sonrojantes anacronismos.⁽⁴⁶⁾

Uniendo ambos grupos, y a pesar de la primordial importancia otorgada al período islámico, emergerá asimismo la idea de una "Andalucía eterna", inmanente, con esencias y valores presentes, en permanente continuidad, desde los albores de los tiempos hasta la actualidad. Blas Infante lo expresó con inequívocas palabras:

"El espíritu de un mismo pueblo ha flotado siempre, flota aún, sobre esta tierra hermosa y desventurada que hoy se llama Andalucía. Su sangre ha podido enriquecerse con las frecuentes infusiones de sangre extrañas; pero sus primitivas energías vitales se han erguido siempre dominadoras; no han sido absorbidas, como simples elementos nutritivos, por las energías vitales de una sangre extranjera".⁽⁴⁷⁾

La consecuencia fue una visión esencialista que propugna la existencia de Andalucía desde la cultura de la cueva de Menga o, de forma muy relevante, desde Tartessos. Dentro de los aspectos fabulosos que normalmente esta postura lleva adheridos, no se duda, pensando en el apoyo a las posteriores tesis islámicas, en incluir estas culturas, junto

que otro preboste republicano en el exilio), pensemos que el renacimiento del Islam en Al-Andalus, aunque todavía un tímido brote, tiene un sentido nacionalista perfectamente sólido si se enmarca en la conciencia de la lucha por la identidad, que de alguna manera es lucha contra un cierto colonialismo temprano, que el pueblo andalusí comienza a despertar". VILLAR GIL, M., "Lo árabe y el nacionalismo", en *Nación Andaluza*, 1 (noviembre, 1983), p. 134.

⁴⁶- Sirva de ejemplo el inaudito "Marco para una periodización de la lucha contra el centralismo en Andalucía. (Desde los comienzos de la dominación feudal de Castilla)". Se encuentra en ACOSTA SANCHEZ, José, *Andalucía. Reconstrucción de una identidad y la lucha contra el centralismo*, Barcelona, Anagrama, 1978, p. 16.

⁴⁷- INFANTE PEREZ, B., *Ideal Andaluz...*, p. 28.

a la mítica Atlántida, dentro del marco de "la civilización gnóstica y oriental".(48)

Pasemos a analizar los puntos principales de estos aspectos en sus grandes líneas con el fin de ir concretando posiciones.

Para que desde un principio quede el conjunto del problema delimitado con precisión, la primera cuestión a resolver debe ser dilucidar a partir de qué momento podemos hablar de Andalucía.(49) Por supuesto, no es una pregunta inocua, ya que su respuesta encierra una innegable trascendencia en cuanto al concepto que cada uno pueda tener de Andalucía. Pues bien, Domínguez Ortiz no puede ser más conciso y categórico:

"Andalucía es el producto de la conquista y castellanización; este es el rasgo básico, aunque se haya enriquecido con supervivencias y aportaciones de diverso origen".(50)

Esta diáfana contestación, que obviamente comparto, está bien alejada de ser una defensa "españolista" del ser andaluz, sino que es fruto de una reflexión sobre unos hechos contrastados e irreversibles: la ruptura poblacional en el territorio andaluz y, como consecuencia, la formación en su suelo de una nueva sociedad con un sistema de valores y unas mentalidades bien distintas a las mantenidas hasta entonces, lo que no fue incompatible con el surgimiento de unos rasgos característicos y originales, en algunos casos influenciados por herencias vitales de etapas anteriores. Uno de los autores que no aceptan dicha ruptura, Isidoro Moreno, ha escrito:

"Es evidente también que [tras la conquista del valle del Guadalquivir] tienen lugar importantes cambios demográficos: expulsiones forzadas, en unos casos, y venidas de nuevos pobladores, desde el norte, en repetidas ocasiones, pero aún

⁴⁸.- MEDINA ben MOLERA, Abd Al-Rahman ben, "Milenarismo andaluz", en *Nación Andaluza*, 1 (noviembre, 1983), pp. 41-62. Algunos escritos de este tipo más parecen propios de publicaciones esotéricas, de alienante y empobrecedora lectura, que de cualquier medio mínimamente serio.

⁴⁹.- Dada la obligada brevedad de estas páginas doy por sentado la realidad de Andalucía, sin entrar ni en su delimitación geográfica ni en la polémica sobre la existencia de, al menos, dos Andalucías perfectamente diferenciadas. Mi postura es, pues, la defensa de "una Andalucía", lo que no es incompatible con su indudable dualidad interna, derivada, dentro de su multiplicidad geográfica, de su diferente evolución histórica.

⁵⁰.- DOMINGUEZ ORTIZ, A., *Andalucía ayer y...*, p. 143.

así, no está en modo alguno demostrado, como pretenden algunos, que se diera un casi completo vacío poblacional de forma generalizada. Las evidencias culturales apuntan precisamente a lo contrario".(51)

Resulta inconcebible que después de las concienzudas investigaciones de Julio González, González Jiménez y Miguel Angel Ladero(52), entre otros, se pongan en duda, con acusaciones tan esperpénticas como la de "historia oficialista", los resultados de las mismas, producto de un trabajo irreprochable, lejos de cualquier tipo de apriorismos. Las mismas no dejan lugar a dudas respecto a la masiva expulsión de los mudéjares del valle del Guadalquivir, no tras las conquistas de Fernando III, sino después de la revuelta en tiempos de Alfonso X (1264-1266).

En cuanto a las "evidencias culturales" que, según Isidoro Moreno, apuntan lo contrario, bien poco tienen de extraño: una minoría, que indudablemente permaneció en gran parte ocupándose de tareas consideradas necesarias, pudo transmitir, y transmitió, técnicas y determinados hábitos alimenticios apreciados por los conquistadores. Por otra parte, se olvida con frecuencia que muchos de los repobladores cristianos procedían de zonas donde asimismo se había producido con anterioridad una ósmosis cultural entre las dos culturas y, por tanto, no sólo serían receptivos a nuevas influencias mudéjares, sino que previsiblemente serían portadores desde sus lugares de origen de algunas de ellas. Aunque sea extensa no me resisto a transcribir la siguiente cita de M.A. Ladero:

"El mudejarismo arquitectónico decorativo, referido a las técnicas de construcción, alfarería, cueros, carpintería y vestimenta, alcanzó un notable desarrollo en la Baja Edad Media hispánica, no sólo en Andalucía, donde tuvo uno de sus núcleos en el siglo XIV, sino sobre todo en Toledo, ciudades de la cuenca del Duero, Aragón y Valencia. En Andalucía, la

⁵¹ - MORENO NAVARRO, I., "La identidad andaluza: pasado...", p. 264.

⁵² - Son numerosas las obras de estos autores que tratan la cuestión, pero, de modo globalizador pueden consultarse las siguientes: GONZALEZ, Julio, *El Repartimiento de Sevilla*, Madrid, 1951; LADERO QUESADA, Miguel Angel, "La nueva Andalucía. Siglos XIII-XV", en VV. AA., *Aproximación a la Historia de Andalucía*, Barcelona, Laia, 1979, pp. 101-130; GONZALEZ JIMENEZ, Manuel, *En torno a los orígenes de Andalucía. La repoblación del siglo XIII*, Sevilla, 1988.

escasez de mudéjares se vio compensada por la influencia cultural que podía filtrarse a través de la frontera granadina o por la presencia de cautivos y esclavos musulmanes en la vida cotidiana de algunas familias, sobre todo de la aristocracia, en las que encontramos, según diversos ejemplos que no pueden generalizarse, cocineros, aguadores, *donceles* o artesanos diversos, que son musulmanes, muy escasos en número siempre. La transferencia de datos técnicos y culturales continuaría después de la conquista de Granada, debido a la presencia, en número algo mayor, de mudéjares y luego *moriscos* de aquella procedencia. Pero no es posible valorar lo que significaron aquellas aportaciones en lo que sabemos de ellas, si no se contrapone el peso dominante de la cultura literaria y artística, y de las técnicas de tipo europeo de las que participó, en todos sus aspectos, la sociedad andaluza".(53)

Por tanto, mientras no se demuestre con datos concretos una presencia mudéjar de cierto peso en la Andalucía cristiana medieval (la investigación hasta ahora ha demostrado lo contrario), se impone concluir en esta cuestión que, guste o no, y al margen de añoranzas nostálgicas, existió una evidente ruptura brusca en el poblamiento del valle del Guadalquivir.

Si para la Andalucía Baja esta ruptura se produce en el siglo XIII, aún tendrían que pasar más de tres siglos para que sucediera algo similar en el reino de Granada; con la diferencia añadida de que en las tierras granadinas el fenómeno fue mucho más complejo y se dilató en el tiempo a lo largo de distintas fases. Primero, antes incluso de la destrucción del sultanato nazarí, se inició una emigración selectiva de grupos minoritarios que, previendo el porvenir inmediato, no quisieron ser testigos del triste y trágico fin; después, durante los años posteriores al término de la guerra se efectuó el paso al norte de África de un número muy importante de musulmanes granadinos, entre los que se encontraba la mayoría de la clase dirigente, incluido el propio Boabdil, incómodos con la nueva situación política.(54)

⁵³.- LADERO QUESADA, Miguel Angel, "Sobre la génesis medieval de la identidad andaluza", en *Andalucía entre Oriente y Occidente (1236-1492). Actas del V Coloquio Internacional de Historia Medieval de Andalucía*, Córdoba, Diputación Provincial, 1989, p. 762.

⁵⁴.- Se calcula que de los aproximadamente 400.000 habitantes del reino granadino, la población musulmana quedó reducida entonces a la mitad. DOMÍNGUEZ ORTIZ, Antonio, "Andalucía en la Edad Moderna", en *Revista de*

La sublevación de 1500-1501, finalizada para los musulmanes con el terrible dilema conversión/expulsión, fue ocasión de una nueva oleada migratoria; primero, permitida, posteriormente, y a lo largo del tiempo, clandestina. La intolerancia y la codicia de no pocos cristianos viejos fueron factores determinantes de la rebelión de 1568, que terminó con la deportación de los moriscos granadinos a otras zonas de la Corona castellana. El hecho no supuso la total desaparición, Bernard Vincent ha demostrado que aún consiguieron quedar en su tierra entre diez mil y quince mil moriscos repartidos por todo el reino.⁽⁵⁵⁾ No obstante, aún tuvieron que sufrir la definitiva expulsión de 1609-1614. Es seguro que algunos de ellos consiguieron burlar el ignominioso destino final; pero, después de tantos sufrimientos y persecuciones, los afortunados forzosamente serían grupos reducidos, quienes, además, tratarían de borrar por completo sus antiguas señas de identidad; eran variados y poderosos los motivos para intentar pasar desapercibidos y lograr la asimilación al sector mayoritario de la población. De este modo, en la segunda década del siglo XVII puede afirmarse que la aculturación de todo un pueblo se había consumado.⁽⁵⁶⁾

Por todo ello, con el uso racional de la mente, parece que deben existir escasos motivos de discrepancia a la opinión de González Jiménez, uno de los historiadores que con más ahínco tratan de desmitificar la historia andaluza, en el sentido de que

"la Andalucía moderna, de la que nosotros somos herederos directos, fue el resultado de un largo proceso histórico que en sus aspectos militares duró más de dos siglos, pero que en sus

Estudios Regionales, vol. III extraordinario (1981), p. 159.

⁵⁵.- VINCENT, Bernard, "Los moriscos que permanecieron en el reino de Granada después de la expulsión de 1570". En su vol. misceláneo *Andalucía en la Edad Moderna: Economía y Sociedad*, Granada, Diputación Provincial, 1985, pp. 267-286.

⁵⁶.- La bibliografía sobre este tema granadino es abundantísima, por lo que voy a remitir a algunas obras básicas, que, además, contienen extensas bibliografías: LADERO QUESADA, M. A., *Granada. Historia de un país islámico*, Madrid, Gredos, 1969. 3ª ed. 1989; CARO BAROJA, J., *Los moriscos del Reino de Granada. Ensayo de historia social*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957. 2ª edic. 1976; CORTÉS PEÑA, A.L. y VINCENT, B., *Historia de Granada. III. La época moderna. Siglos XVI, XVII y XVIII*, Granada, Don Quijote, 1986; DOMÍNGUEZ ORTIZ, A. y VINCENT, B., *Historia de los moriscos. Vida y tragedia de una minoría*, Madrid, Revista de Occidente, 1979. 2ª edic. 1985; GALAN SANCHEZ, A., *Los mudéjares del reino de Granada*, Granada, Universidad/Diputación Provincial, 1991.

líneas básicas -demográficas, culturales, socioeconómicas, lingüísticas y religiosas- sólo puede considerarse concluido a comienzos del siglo XVII cuando se produce la expulsión de los moriscos".(57)

Para aceptar estas posiciones no hay más que interrogar sin prejuicios las fuentes históricas, todas; no hay por qué recurrir, como sostiene I. Moreno al "pseudocconcepto de 'Reconquista'"(58) y, menos, tachar a todo el que no comulga con sus planteamientos de defensor de la persistencia del mito reconquistador.(59)

Esta innegable ruptura o, en otras palabras, esta destrucción de toda una forma de vivir no supuso la total desaparición de influencia de lo islámico. No cabe duda de que, bien por los mecanismos antes ya citados, bien por las prestaciones derivadas de la coexistencia de cristianos viejos y moriscos durante más de un siglo, bien por las huellas monumentales afortunadamente presentes ante los ojos de muchos andaluces(60), determinados rasgos de origen musulmán persistieron y fueron asumidos como algo propio por los andaluces. El profesor Alvarez Santaló, en unas sugestivas páginas, provocadoras del debate y de la reflexión, ha escrito:

⁵⁷.- GONZALEZ JIMENEZ, Manuel, "Reflexiones sobre Andalucía", en *Argumentos*, (junio, 1980), p. 55.

⁵⁸.- El debate sobre el uso de dicho término me parece en el día de hoy escasamente importante. (Me he ocupado del tema en el artículo "A propósito de la Iglesia y la conquista del Reino de Granada", de próxima aparición en la revista almeriense *Roel*). Por supuesto que aquí no se reconquistó en el sentido estricto de la palabra, y, también, que ha sido -y es- utilizada en más de una ocasión con un matiz nacionalista españolista, pero para el problema que ahora nos interesa - los orígenes de Andalucía-, hecha la aclaración, resulta trasnochado y más parece obedecer a una demagógica maniobra de distracción que auténtico interés por profundizar en él mismo.

⁵⁹.- MORENO, Isidoro, "La identidad andaluza y el 92", en LACOMBA, J.A. (ed.), *Andalucía y los andaluces. Preguntas para un debate*, Málaga, Universidad, 1992, pp. 40-41.

⁶⁰.- Creo que a cualquier persona mínimamente receptiva, pocas actuaciones humanas pueden influir más en la formación de su sensibilidad estética que la contemplación y el goce cotidiano, por ejemplo, de la Alhambra. Idéntico argumento es válido para todo ciudadano de otras localidades andaluzas con restos monumentales de la época musulmana.

"Andalucía no sería igual *sin* los árabes, pero ello no debe significar que *sólo*, ni sustancialmente, puede ser árabe".(61)

Es decir, en la formación de la Andalucía histórica, proceso iniciado como hemos dicho en el siglo XIII, también participó la herencia andalusí, aunque lo *esencial* y lo *determinante* iban a ser los ingredientes aportados por los castellanos conquistadores que crearon una comunidad enmarcada dentro de las coordenadas vitales de la sociedad europea de la época. No obstante, esos rasgos procedentes del pasado islámico, muchas veces pequeños vestigios, unidos a las huellas materiales de los monumentos conservados sirvieron a los viajeros románticos para crear el mito del exotismo y del orientalismo andaluz, que ellos y sus seguidores extendieron a toda España.(62)

Como dijimos al principio, ha sido la distorsión de este pasado la que ha originado la insostenible mixtificación de nuestra historia, que ha llevado a los más exaltados a la aceptación del montaje de "historia-ficción" realizado hace unos años por Ignacio Olagüe, negando la invasión árabe de España. A pesar de que la tesis de la no invasión ha sido suficiente y contundentemente desmontada por distintos historiadores,(63) la superchería ha persistido entre algunos "iluminados" que ven la entrada del Islam en la península como el desenlace final de la lucha aquí entablada entre los partidarios del arrianismo unitario y los de la ortodoxia romana trinitaria.

El paso siguiente ha sido restar toda la importancia a las sucesivas aportaciones de sangre oriental y norteafricana a la población

⁶¹.- ALVAREZ SANTALO, León Carlos, "Historia", en VV. AA., *Andalucía*. Editoriales Andaluzas reunidas, 1986, p. 174. También interesantes las precisiones en torno al término *reconquista*, pp. 169-171.

⁶².- Conviene advertir, para prevención de incautos, el escaso paralelismo existente entre nuestra anterior literatura de tema morisco y la representada por estos viajeros. Domínguez Ortiz ha recordado que "no hubo continuidad porque la literatura culta y popular del Siglo de Oro aún conservaba recuerdos de hechos reales, vividos, mientras la maurofilia tardía, de filiación romántica, era falsa, imaginaria y libresca". DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio, "Discurso de clausura", en *La incorporación de Granada a la Corona de Castilla. Actas del Symposium conmemorativo del Quinto Centenario*. Granada, Diputación Provincial, 1993, p. 325.

⁶³.- Un buen resumen al respecto puede leerse en GUICHARD, Pierre, "Los árabes sí que invadieron España", en su volumen *Estudios sobre historia medieval*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1987, pp. 27-73.

de al-Andalus.⁽⁶⁴⁾ La razón estaba en justificar de este modo la continuidad de la población andaluza entre el período medieval y la Antigüedad, lo que efectivamente ocurrió, aunque no con la "pureza" sostenida por quienes defienden la tesis de la llegada pacífica (a través de la transmisión cultural) del Islam.

Con la aceptación, o no, de la invasión, lo que sí se produjo entre numerosos andalucistas, siguiendo de modo idolátrico a Blas Infante, fue la exaltación de la etapa musulmana. En sus comienzos, la razón de este hecho estuvo, como hemos escrito, en encontrar en algunos de sus períodos y de sus manifestaciones culturales, momentos esplendorosos y elevadas expresiones del espíritu humano de los que sentirse orgullosos, pero, por otra parte, fue también una respuesta visceral y orgullosa a las corrientes racistas europeas de las primeras décadas del siglo que, con significado despreciativo, colocaban a los andaluces junto a otros pueblos extraeuropeos, llegando a calificarlos como "estigma y vergüenza de Europa".⁽⁶⁵⁾ La consecuencia fue la hipervaloración del sustrato islámico, hasta el punto de que algunos llegan a defender que la "verdadera" historia de Andalucía finalizaba con la conquista castellana, después, sólo ha existido decadencia e imposición extranjera. Tesis tan peregrina que ha sido criticada por el mismo Isidoro Moreno, tan opuesto a cualquier planteamiento "españolista".⁽⁶⁶⁾

Semejante estado de exaltación andalusí, acompañado de abundante propaganda, ha tenido el predominio en numerosos focos "culturales" en Andalucía durante los primeros años de nuestra

⁶⁴. - El mal uso del vocablo *al-Andalus*, que como bien debería saberse lo empleaban los musulmanes para denominar así toda la península (a veces, se utilizaba para designar sólo el territorio ocupado por el Islam), ha llegado a que se identifique erróneamente con Andalucía, cuando el territorio andaluz nunca llegó a formar una unidad política bajo poder musulmán, que siempre tuvo jurisdicción sobre una extensión mayor o menor; incluso, los segundos reinos de taifas, en su conjunto, superaban sus límites y, después, el territorio musulmán quedó reducido al reino nazarí de Granada. Algo similar sucede con el término *andalusí*, que no equivalía a musulmán de Andalucía, sino de cualquier parte de la península.

⁶⁵. - SEVILLA GUZMAN, E. y GONZALEZ DE MOLINA, M., "Para una teoría del nacionalismo...", pp. 90-93. Los autores recuerdan la resonancia que en determinados círculos europeos tenía la obra de VACHER DE LAPONGE, *El ario y su papel social*, publicada a fines del siglo XIX.

⁶⁶. - MORENO NAVARRO, I., "La identidad andaluza: pasado...", p. 267.

democracia,⁶⁷) lo que, no sin el esfuerzo de algunos, parece que comienza a remitir; sin embargo, no ha sido poco el daño ocasionado, ya que esta mixtificación historiográfica encontró adeptos entre profesionales de la educación, especialmente en sus niveles básicos, con la consiguiente onda expansiva que su mensaje ha originado. Sólo una formación científica, crítica y sin consignas partidistas o ideológicas, puede evitar el enquistamiento y la infección de un problema que debe terminar de resolverse con la mayor rapidez posible. De este modo, podrán evitarse hechos tan sonrojantes como la colocación, hace pocos años, en un pueblo alpujarreño de una lápida conmemorativa con la siguiente inscripción: "ABEN HUMEYA Y LOS MORISCOS, ALTAS CUMBRES DE LIBERTAD PARA AL-ANDALUS". Pocas veces se ha utilizado la justificadísima insurrección de un pueblo y su tragedia final con un sentido tan fuera de su contexto y, por tanto, de una forma tan ahistórica.

Si bien han sido la Antigüedad y, muy particularmente, la Edad Media, las que han sufrido los atentados más fuertes por parte de aquellos que trataban de inventar una tradición en apoyo de sus ideas nacionalistas, tampoco los siglos posteriores se han librado de ser escudriñados a la búsqueda de antecedentes colectivos anticentralistas. La finalidad ha sido legitimar (o, al menos, otorgar el valor de la pátina del tiempo) la idea andalucista a través del expediente de poseer profundas raíces. Es verdad que, con las excepciones de algunos exaltados, ahora nos encontramos con posturas menos irracionales, incluso, a veces, con trabajos de verdaderos historiadores que no disfrazan hechos ni datos a la hora de exponer sus conclusiones; en "estos casos", nuestra discrepancia radica, esencialmente, en la interpretación dada a los mismos. En definitiva, nos hallamos ante unas visiones historiográficas que suponen, con respecto a lo analizado hasta aquí, un indudable salto cualitativo. Por desgracia, no abandonan ciertos apriorismos y matices valorativos que, a nuestro juicio, invalidan gran parte de sus planteamientos.

⁶⁷.- El profesor González Jiménez recordaba hace pocos años que "en el año de gracia de 1986 uno de los partidos contendientes en las elecciones autonómicas andaluzas fue el denominado *Partido de Liberación Andaluza*, en cuyo programa, entre otras cosas, se reivindicaban las raíces islámicas de nuestro pueblo y se exigía, en consecuencia, que el árabe volviese a tener carácter de lengua oficial de Andalucía". GONZÁLEZ JIMÉNEZ, Manuel, "Los mudéjares andaluces (ss. XIII-XV)", en *Andalucía entre Oriente y Occidente (1236-1492. Actas del V Coloquio Internacional de Historia Medieval de Andalucía.*, Córdoba, Diputación Provincial, 1988, p. 537.

Puede servir como punto de referencia este párrafo del profesor Lacomba, a quien no se le puede negar su calidad historiográfica en numerosos trabajos, pero que, *en ocasiones*, su sentimiento andalucista parece cegar lo:

"Un hecho a destacar es que haya lo que podríamos llamar 'reivindicaciones andaluzas', desde grupos sociales que están instalados en Andalucía [en la época moderna]. Creo que quizás lo menos importante es su origen racial, en el sentido siguiente: que sean descendientes de los árabes o no, no acaba de parecer significativo; vuelvo al ejemplo americano. La rebelión, la independencia de las colonias americanas frente a España, la hacen los 'criollos' no los indios. Los criollos son hijos de españoles que ya no se sienten españoles; que se sienten americanos. Entonces, ¿por qué ese fenómeno del criollismo, con todos los reparos, no se puede aplicar a esas 'reivindicaciones andaluzas' que, prácticamente, empiezan a aparecer desde el siglo XIV? Son enfrentamientos al poder central, al poder del rey; son planteamientos que van desconectando Andalucía, en alguna medida, de lo que es pura historia castellana".(68)

El párrafo, a pesar de su templada apariencia, contiene, en realidad una auténtica carga de profundidad. En primer lugar se utiliza la expresión 'reivindicaciones andaluzas', lo que, en principio, parece aceptable, ya que fueron numerosas las protestas que desde distintas instancias andaluzas (caso bien distinto sería referirse a toda o a una parte importante de la sociedad) se hicieron frente al poder central a lo largo de la Edad Moderna; no obstante, es necesario matizar que dichas protestas se realizaron de un modo similar a las efectuadas desde la mayoría de los territorios de la Corona de Castilla. Era la contestación a formas y a normas de gobierno que no se compartían, pero alejada de cualquier matiz reivindicativo "regionalista". Pienso, por ello, que sería más preciso hablar de *reivindicaciones hechas desde Andalucía*. Por ejemplo, las reivindicaciones de fines del siglo XIII y comienzos del XIV, que en su día fueron calificadas de "andalucistas" por Nieto

⁶⁸.- LACOMBA, Juan A., "Algunas consideraciones sobre la historia de Andalucía", en el vol. colectivo, dirigido por él mismo, *Andalucía y los andaluces. Propuestas para un debate*, Málaga, Universidad, 1992, p. 29.

Cumplido,⁽⁶⁹⁾ referidas a la *Hermandad General de Andalucía*, no fueron otra cosa que los anhelos de un estamento privilegiado por afianzar su poder frente al del rey, sin que los menores intereses en favor de Andalucía o de los andaluces (lo que en definitiva es lo mismo) interviniesen en la cuestión. En este sentido, hay que recordar las palabras de Peinado Santaella:

"Las clases feudales, sólidamente instaladas en la región, tuvieron un concepto de Andalucía muy distinto al que va ganando terreno en el presente inmediato. Desde esta perspectiva, los intentos de entroncar con aquel contexto las aspiraciones actuales del andalucismo falsean por partida doble -el ayer y el hoy- nuestra historia".⁽⁷⁰⁾

Efectivamente, estas "reivindicaciones andaluzas" fueron presentadas ante el poder real, repito, como tantas otras (individuales o corporativas) surgidas desde puntos bien diferentes de la Corona, por lo que deducir de las mismas una desconexión de Andalucía con la "pura historia castellana", me parece, francamente, una frivolidad.

He dejado a un lado la comparación entre la actitud de los *criollos* americanos y las reivindicaciones efectuadas desde Andalucía, porque la misma no me parece una frivolidad, sino, con "todos los reparos" que se quiera, una verdadera aberración histórica, insostenible desde cualquier perspectiva que se presente.

Para terminar, voy a referirme a dos de los hechos concretos de la época moderna⁽⁷¹⁾ en los que algunos, dentro del mismo espíritu manifestado por Juan Antonio Lacomba, han querido ver antecedentes andalucistas.

El primero de ellos fue la junta o asamblea de La Rambla, celebrada en enero de 1521; como se sabe en dicha reunión se expresó fidelidad a Carlos V, negándose a mantener relaciones con la Junta

⁶⁹.- NIETO CUMPLIDO, Manuel, *Orígenes del regionalismo andaluz (1235-1325)*, Córdoba, Monte de Piedad y Caja de Ahorros, 1978.

⁷⁰.- PEINADO SANTAELLA, Rafael Gerardo, "La oligarquía granadina y las Cortes de Castilla: El Memorial de 1510", en *Cuadernos de Estudios Medievales*, X-XI (1982-1983), p. 217.

⁷¹.- Por no alargar en demasía estas páginas hemos optado por no hablar de otros sucesos modernos (motín del "pendón verde" sevillano, guerra de sucesión, etc.) ni de la Junta de Andújar de 1835, quizás el episodio más encarecidamente defendido por los andalucistas como su más claro antecedente histórico, lo que, asimismo, ha sido más arduamente combatido desde distintas posiciones historiográficas.

comunera. Parece que, en esta ocasión puede hablarse de que los representantes de las ciudades andaluzas allí reunidos (del Reino de Granada sólo hubo representación personal de Ronda, a pesar de que la capital había participado en los preparativos) poseen una *cierta conciencia regional*,⁽⁷²⁾ pero, desde luego, ni el menor atisbo de andalucismo político.

El segundo hecho, de mayor resonancia, fue la conjuración del duque de Medinasidonia y del marqués de Ayamonte en plena crisis política de la Monarquía española en el siglo XVII. A propósito de la misma ha escrito Acosta Sánchez:

"Puede sostenerse, a la luz del contexto general de la coyuntura y la desesperación esquilmadora de la Monarquía, en crisis profunda, así como del valor de Andalucía como vía de América, que tanto a la burguesía como a las clases populares interesaba más una Andalucía independiente, que la sometida a Castilla. O sea, la extorsión fiscal y feudal local podía ser más soportable para estas clases que la de la Corona, centralista e insaciable. Naturalmente, la tesis necesita demostración".⁽⁷³⁾

A pesar de que aún persisten ciertas incertidumbres que necesitan ser investigadas, se sabe lo suficiente para desechar la hipótesis (que no "tesis") propuesta por J. Acosta, pues ninguno de los dos nobles trataron de ganarse la voluntad del pueblo ni de la clase media de las ciudades, ni hay prueba ni indicio alguno de que existiese, a pesar de los descontentos por causa de los tributos, tentaciones separatistas entre sector alguno de la sociedad andaluza.⁽⁷⁴⁾

⁷².- Como ha recogido Domínguez Ortiz, en la junta se llegó a declarar que no se debía ir a remolque de las ciudades comuneras, ya que "muy mejores ciudades y de mayor autoridad hay en Andalucía". En *Andalucía ayer y...*, p. 168. Recordemos que en esta época se utilizaba el término para referirse al valle del Guadalquivir.

⁷³.- ACOSTA SANCHEZ, J., *Andalucía. Reconstrucción de una identidad y...*, p. 53.

⁷⁴.- Los interesados en el tema pueden consultar el trabajo de DOMINGUEZ ORTIZ, Antonio, "La conspiración del duque de Medinasidonia y el marqués de Ayamonte", en *Crisis y decadencia de la España de los Austrias*, Barcelona, Ariel, 1989 (5ª edición), pp. 113-153; también, ALVAREZ DE TOLEDO, Luisa, duquesa de Medina Sidonia, "Una mitificación política: la sublevación de Andalucía". En *Archivo Hispalense*, 187, segunda época (1978), pp. 77-93.

Quisiera finalizar con una insistencia: la manipulación de la historia realizada desde ópticas andalucistas diversas, siguiendo, en general, las líneas marcadas por Blas Infante en las primeras décadas del siglo. A pesar de que, en su día, éste tuvo grupos muy minoritarios de seguidores y escasísimos lectores de sus tesis, la transición política hacia la democracia originó en ciertos sectores la mitificación del denominado "andalucismo histórico" y de la figura de su principal forjador. Todo ello dentro de un intento de crear las condiciones apropiadas para que cuajase en Andalucía un nacionalismo que nunca había tenido en ella tradición alguna, y, aunque, desde sus orígenes, los sectores mayoritarios del andalucismo han presentado en sus programas una concepción solidaria y no separatista con respecto al resto de España,⁽⁷⁵⁾ la consecuencia ha sido la implantación de la irracionalidad, como tantas veces ocurre a la hora de defender las ideas nacionalistas, sean éstas del signo que sean.

Lo más triste, desde nuestra perspectiva profesional, es que, cuando en España se había iniciado la expansión de una historiografía con metodología científica (afortunadamente hoy bastante extendida) y, a la vez, se comenzaba a salir de los estereotipos marcados por una historia dependiente de las consignas del ministerio de turno, se ha querido crear por algunos una "novísima" historia que, desde otras perspectivas ideológicas, no deja de engendrar un cierto fascismo (algo, por otra parte, connatural con los nacionalismos) a la hora de tratar de imponer sus tesis mediante el uso de burdos procedimientos demagógicos y mediante la descalificación de todos aquellos que no las acepten. Frente a esta situación, la actitud del historiador no puede ser más que la de rechazar todo tipo de mixtificación histórica y responder con la más seria y rigurosa investigación, tratando, además, de conseguir la máxima divulgación de su trabajo fuera de sus ámbitos profesionales con la finalidad de lograr poner en evidencia las deformaciones con las que se quiere presentar un pasado *diferente*. Y esta tarea no responde a un simple capricho de científico ultrajado en su quehacer intelectual, sino a la firme convicción de que un conocimiento histórico lo más veraz posible hace al hombre actual conocerse mejor a sí mismo y, por tanto, poder alcanzar mayores cotas de libertad.

ANTONIO LUIS CORTÉS PEÑA
Universidad de Granada

⁷⁵.- LACOMBA, Juan Antonio, "Trayectoria de un regionalismo", en *Gibraltar*, 27 (1975), p. 159.

Resumen: *El autor hace un balance de la situación del nacionalismo andaluz actual a la luz de la crisis en que se ha sumido tras la derrota en las últimas elecciones. Se refiere a los orígenes del movimiento y valora la figura central de Blas Infante. Y sobre los teóricos actuales, denuncia las mixtificaciones históricas a que ha dado lugar, y les opone las interpretaciones imparciales de algunos historiadores acreditados, que marcan el verdadero camino a seguir en la investigación sobre historia de Andalucía.*

Summary: *The author makes a balance of the present critical situation of Andalusian nationalism after the defeat it obtained in the last elections. Cortés refers to the origins of the movement and rates the outstanding figure of Blas Infante. Finally, he proclaims the historical falsifications made by some present theoreticians, contrasting their theories to others made by reputable historians, which constitute an ideal pattern for the researches concerning the history of Andalusia.*

